

PRÓLOGO

El título de este libro, *Entre alisios y emociones*, está inspirado en el que escribió Avelino Bassols, *Andorra entre Alisios y Tifones*, publicado por la Editorial Juventud en el año 1991. En él narra sus aventuras a bordo del velero *Principat d'Andorra*, con el que dio la vuelta al mundo. Partió de Barcelona a principios del año 1987 y, tras recorrer más de cien mil millas, regresó a finales del 1989. El velero era el mismo *Trotamar III* con el que navegamos nosotros, que cambió de nombre para representar al Principado de Andorra en la “Tall Ships Celebration”, conmemoración del bicentenario de la colonización de Australia.

Avelino nos dejó en el año 1997 y desde entonces el *Trotamar III* ha sido lugar de encuentro, refugio y casa flotante que nos transporta a nuestros sueños. Hemos intentado hacer realidad los deseos de su capitán:

“Espero que feu molt bones navegades
i que fareu de nou vibrar el *Trotamar III*
i tot el que es posi davant seu.”

[Espero que tengáis muy buenas navegadas,
y que hagáis vibrar nuevamente al *Trotamar III*
y todo lo que se le ponga por delante.]

Primer viaje

Tras varios años navegando durante los meses de verano en el Mediterráneo, un buen día decidimos dejarlo todo: trabajo, casa, amigos, familia... y hacer vibrar, de verdad, al *Trotamar*. Era el mes de julio del año 2011 y, aprovechando las vacaciones de verano, salimos de Port Ginesta con nuestra hija Laia, que entonces tenía cinco años. Nos acompañaban dos sobrinos del capitán, Pablo Thier y Nicolao Martín, uno de los mejores remeros de Cataluña, y Ana Boada, campeona olímpica de remo. Cruzamos el estrecho de Gibraltar y navegamos a Madeira y luego a Canarias. Tuvimos buenos vientos, así que no les hizo falta remar.

Volvimos a Bélgica en septiembre y en diciembre nos fuimos a Tenerife, donde esperaba el *Trotamar* para nuestra primera travesía del Atlántico. En esta travesía nos acompañó Rafael de la Rosa, navegante sevillano al que habíamos encontrado por casualidad aquel verano en Porto Santo (Madeira), donde llegamos con un fallo eléctrico y sin ningún aparato electrónico. Él nos ayudó a solucionar el problema y de allí surgió la amistad y la propuesta de acompañarnos en el cruce Atlántico, que ya había hecho hacía un año con otro velero. También vino con nosotros Samaya Almas Thier, sobrina del capitán, que tenía la ilusión de navegar en el barco de su abuelo y de cruzar el océano. Resultó ser un equipo

excelente. Navegamos siete días hasta Mindelo, en Cabo Verde y, tras dos semanas de espera, seguimos el viaje hacia el Caribe. Llegamos a principios de febrero, después de 17 días sin ver nada más que olas y más olas. Samaya se quedó con nosotros un mes y nosotros seguimos, hasta finales de mayo, recorriendo las Antillas, viajando de isla en isla, desde Grenada a Barbuda. Durante todos aquellos meses estuvimos siempre anclados en alguna bahía, sin pisar una marina.

En junio del 2012 volvimos a cruzar el Atlántico y dejamos el barco en Azores. Para esta travesía habíamos previsto que Laia y yo volveríamos en avión, pues todos dicen que la vuelta no es tan fácil como la ida, en la que vas como por una autopista propulsado por los alisios. Pero, al final, decidimos no abandonar al capitán. Aunque tampoco iríamos los tres solos, porque Rafael decidió volar al Caribe para cruzar de nuevo con nosotros, y poco antes de iniciar el viaje conectamos por casualidad con Andrea, una amiga de la familia que se encontraba en ese momento sin plan ni proyecto alguno, y que decidí óde hoy para mañana que quería vivir la aventura con nosotros. Tres días después estaba a bordo y, tras 21 días en alta mar, llegamos a Azores.

Segundo viaje

La experiencia fue tan bonita que en el verano del 2015, cuando estaba planeado el retorno a nuestro puerto de origen, volvimos a poner rumbo al sur y repetimos el viaje hacia el Caribe para visitar los sitios que más nos habían gustado y algunos que se nos habían quedado sin explorar. En junio del 2016 navegamos de vuelta rumbo a Azores, acompañados por la cola de un huracán. Llegamos sin problemas y ahí dejamos el *Trotamar* con el propósito de seguir disfrutando de esas preciosas islas. Ahora, mientras vivimos de nuevo en tierra, vamos soñando nuestro próximo viaje largo, que no tardar ámucho en llegar...

En este libro cuento las impresiones de nuestro primer viaje. Est áescrito en base al diario de a bordo que escribí durante la vida en el mar y a los mensajes enviados en las travesías a familiares y amigos. He intentado comunicar con mis palabras las intensas emociones y las reflexiones que surgen ante la inmensidad del océano y la fuerza de la naturaleza. He querido transmitir los momentos vividos y las cosas que he aprendido.

Es la historia de un viaje en barco, así que habrá ápalabras que quizás no entiendas si no eres marinero. Intentar éexplicarlas:

Cruzamos el océano Atlántico entre ALISIOS y emociones. Los alisios son vientos relativamente constantes en dirección y velocidad. Son vientos favorables para el cruce, ya que soplan del este, en dirección oeste, desde África hacia el Caribe. La estación propicia para el cruce es desde el mes de diciembre hasta marzo, que es cuando los vientos son más constantes.

Cuando digo que tomo el sol en la POPA del barco, quiero decir que estoy en la parte de atrás del barco. Los delfines siempre vienen a la PROA a jugar, o sea nadan delante del barco e intentan ir a su velocidad. Si navegas hacia el sur el sol

se va por ESTRIBOR, o sea por la derecha del barco, si estoy mirando hacia adelante la luna sale por BABOR.

Con los alisios normalmente vamos de EMPOPADA, o sea que navegamos recibiendo el impulso del viento por la popa. De TRAVÉS es cuando el viento viene por un lado y cuando viene de frente se dice que se va de CEÑIDA, lo cual no es muy cómodo, pues el barco va pegando trompicones. Por eso hay quien trata de evitar ir contra el viento y dice que “ceñir es de pobres”.

El *Trotamar* es un KETCH, es decir, un barco de dos palos: el mástil que porta la VELA MAYOR y el de MESANA, que porta la vela más pequeña en la popa. El cable que sujeta el mástil de proa a popa se llama ESTAY y los cables que lo sustentan en sentido transversal se llaman OBENQUES. El FOQUE es una vela triangular que se pone en la proa del barco y el SPINNAKER es una vela muy grande de tela fina y muchos colores que se pone en proa cuando el viento viene de popa y no es muy fuerte, para aumentar la velocidad del barco. Se instala con la ayuda de un TANGÓN, que es un tubo de aluminio largo que se fija al mástil y que fija la vela.

Dicen que en un barco no hay más cuerdas que la del reloj, pero ¡hoy día ya ni eso!. En un barco se habla de CABOS para referirse a las “cuerdas” de fibras textiles o sintéticas que se utilizan para la sujeción de velas y el amarre del barco. Para subir o IZAR las velas se tira de un cabo que se llama DRIZA y con la ESCOTA las abres y las cierras al viento. Y cuando quieres que las velas queden bien desplegadas y orientadas al viento hay que CAZAR las escotas, que en náutica significa tensar.

Cuando vamos navegando, apuntamos la ruta día a día según las coordenadas en la CARTA NÁUTICA, un mapa donde están marcados todos los detalles geográficos, incluidas las profundidades del mar.

Lo más rápido que podemos ir con el *Trotamar* son 7 u 8 nudos, es decir, unos 12 km/hora. El NUDO es una medida de velocidad equivalente a una milla náutica por hora. Una MILLA NÁUTICA son 1852 m. El viento también se mide en nudos. Lo mejor para navegar es un viento de 15 a 20 nudos, ni más ni menos. En la travesía de vuelta de nuestro segundo viaje hacia las Azores tuvimos vientos de más de 40 nudos durante más de 48 horas. Se llama nudo porque antiguamente para medir la velocidad de un barco se utilizaba una cuerda con nudos a distancia regular y una madera en el extremo que se arrojaba por la popa. Se medía el tiempo con un reloj de arena y se contaba el número de nudos que se desenrollan en la cuerda en un intervalo de tiempo, calculando así la velocidad del barco.

En nuestra tripulación contamos con un marinero esencial para nuestras travesías que aparece muchas veces en nuestros relatos; se llama Timoteo y es nuestro timón de viento automático. Es un ingenio de la técnica que permite gobernar el barco en función del viento. Llevamos a bordo también a Roberto, el timón automático electrónico. Cuando no tenemos energía eléctrica suficiente para que trabaje Roberto, y Timoteo está de vacaciones por mantenimiento o porque perdió alguno de sus tornillos y se volvió loco, se necesita un TIMONEL,

o sea un marinero dedicado a llevar el TIMÓN, el volante que sirve para transmitir el movimiento de las piezas que se encargan de controlar la dirección del barco y llevarlo al rumbo deseado.

Cuando llegamos a un sitio, bien ATRACAMOS en un muelle del puerto y AMARRAMOS el barco con cabos y cadenas o bien FONDEAMOS en una bahía echando el ancla al fondo del mar.

Y te sonar á raro si digo que vamos en la DINGHY a tierra. No es más que nuestro medio de transporte cuando estamos anclados en una bahía: una barquilla hinchable auxiliar con un pequeño motor.

No entenderás cuando explico que cenamos en la BAÑERA. No me estoy refiriendo a una bañera llena de agua con burbujas de jabón, sino al espacio que hay en la parte exterior del barco delante del timón, que normalmente tiene unos bancos donde te puedes sentar y una mesa de quita y pon. Es donde hacemos la vida cuando estamos en el barco, donde comemos, cantamos, leemos... donde vivimos.

Esto es todo. Espero que disfrutes de la lectura, que sientas vibrar el *Trotamar* y que desde tu sillón de lectura puedas escuchar el sonido de las olas, la música del viento y el silencio del mar.

Dedicado a Avelino, el Capitán del *Trotamar*,
y a todos los que nos guiaron en este sueño desde el mar, desde la tierra y desde
el cielo.

CONVIVIR Y VIVIR EN EL MAR

Sufrimos más en la imaginación que en la realidad.

Séneca

Ya estamos dispuestos para el ensayo. Serán siete días de navegación de Canarias a Cabo Verde, siete días y siete noches sin ver tierra. En realidad hemos hecho muchos ensayos, muchas travesías: de Barcelona a Madeira pasando por el interminable Estrecho de Gibraltar, y de Madeira a Tenerife. Además, hay que sumar los viajes que cada verano hacía el *Trotamar*, al que mi padre llamaba “el Correo Balear”, por las innumerables veces que iba y venía de travesía de Barcelona a las islas, cargado de jóvenes (hijos adolescentes, sobrinos y amigos). La tripulación iba cambiando a lo largo de los meses veraniegos y, en ocasiones, llegábamos a atravesar el Mediterráneo hasta cuatro veces en un mes.

La primera vez que subí al *Trotamar* fue en el año 1997. Era también la primera vez que el barco navegaba sin su Capitán, Avelino Bassols. Nos costó tres días llegar a Menorca, donde pasamos una sola noche. Iniciamos la vuelta al amanecer y, sumergidos en una especie de ensimismamiento, nos demoramos hasta cuatro días para cruzar las 112 millas náuticas que separan Ciutadella de Barcelona sin usar el motor que, a fuerza de cruzar océanos, se había estropeado. Fuimos, al capricho del viento, disfrutando de las calmas, del silencio del mar y de inolvidables cenas a la luz de las velas. Recordaré siempre esta primera y preciosa travesía a bordo del *Trotamar*. Acababa de leer el libro de Avelino y en cada esquinita, en cada murmullo de las olas y del susurro del viento, podía sentirse la presencia de este atrevido Capitán, que un día dio la vuelta a su vida y la vuelta al mundo en su velero. Acompañados por la guitarra cantábamos las canciones que más le gustaban: *Mediterráneo*, *Alfonsina y el Mar*, y sus habaneras preferidas que, en cada una de sus notas, llevaban prendidas una lágrima y un trocito de su recuerdo.

Y así, cada verano, fuimos y volvimos una y otra vez, primero a Baleares y luego a Cerdeña, hasta recorrer...

—¿Cuántos miles de millas, Capitán? —suelo preguntarle

—¡Muchas, muchas millas, maestra! —responde él sin especificar nunca un número concreto.

Nuestra última travesía en el Mediterráneo fue la del verano de 2009, a Cerdeña. Era la prueba. Y fue durante aquella travesía cuando nuestro sueño comenzó a dejar de ser tan solo eso. Samaya nos acompañaba y su sueño se fundió en el nuestro. Ella compartiría con nosotros esta aventura. Llevamos en nuestras velas muchos temporales, con mares revueltos, llenos de espuma y vientos turbulentos llenos de furia. También llevamos la experiencia de algunas travesías tormentosas, en convivencia con tripulaciones de jóvenes de actitud inconformista y espíritu revolucionario. Durante aquel tiempo de navegación no llegué a experimentar situaciones de temor —aunque sí puedo decir que se sufre mucho más con las tripulaciones mal avenidas que con el peor de los temporales—. Sin embargo, en los seis últimos años siento un nudo en el estómago a la hora de zarpar y los primeros días me acompaña una inquietud que me impide disfrutar del mar. Y es que desde hace seis años mi pequeña hija navega conmigo. Antes no tenía nada que temer, pero ahora llevo en un frágil cascarón mi mayor tesoro, y la responsabilidad de no perderlo se impone sobre todo lo demás. Además, en esta ocasión, todavía hay una razón más consistente que enreda todos mis celos a la hora de zarpar: acabo de dejar a mi madre preparándose para su última travesía. Por ello, en el momento de soltar amarras en la Gomera hacia Cabo Verde, se instaló en mí un miedo sin sentido que me mantuvo alerta durante los primeros días de navegación. Una mezcla de sentimiento de pérdida, de añoranza por lo que dejo atrás, del miedo de los otros por lo que pueda pasar, del mío propio por lo que les pueda pasar a ellos en mi ausencia, del temor que siento al llevar a mi hija a bordo. Todo ello aderezado con el consabido miedo a lo desconocido y una inevitable dosis de pánico por aquello que no ha sucedido pero podría suceder. Miedo que hace que en mi

mente salte el estado de alerta con cada cambio de viento.

—¡Grrrrr, qué revoltijo! ¡Cuántos temores encogen mi ánimo!

Hay un momento en el que me siento paralizada por el miedo a tener miedo. Entonces me digo: «no debes dejarte llevar por tus miedos». A los miedos les encanta robar sueños, y ante eso, hay una solución: aceptar el miedo, exponerte una y otra vez al peligro para comprobar que nada es tan terrible como lo has imaginado y que en realidad no hay nada que temer. Que es solo ruido lo que hace que te estremezcas mientras intentas dormir en el camarote de popa. Que Laia está feliz y no se marea. Que ella sabe mejor que nadie cómo acomodarse al movimiento de las olas y a las incomodidades de a bordo. Que yo puedo cocinar desayuno, comida y cena sin problemas, aunque el barco no deje de moverse, que es una cuestión de esfuerzo y ya lo he hecho antes muchas veces. Y lo más importante: que tu vida es tuya, y el miedo —el tuyo o el de otros— no debe frenarla nunca.

Mientras hacía las guardias escuchaba una canción de Pedro Guerra, que dice:

*Tienen miedo de reír y miedo de llorar,
tienen miedo de encontrarse y miedo de no ser,
tienen miedo de decir y miedo de escuchar,
miedo que da miedo del miedo que da.*

*Tienen miedo de subir y miedo de bajar,
tienen miedo de la noche y miedo del azul,
tienen miedo de escupir y miedo de aguantar,
miedo que da miedo del miedo que da.*

Así, al ritmo de la música, ola a ola, los miedos se marean y se desvanecen, como si fueran nubes. Nubes que descargan sus lágrimas de tristeza, su furia, su viento de nostalgia y después desaparecen. Vendrán nubes nuevas, pero sabes que cuando menos lo pienses saldrá de nuevo el sol.

VELOCIDAD DE AÑORANZA

La velocidad de añoranza no se mide en kilómetros. Es la velocidad con la que se viaja cuando se quiere estar junto a alguien a quien se quiere.

Cuando estás en el barco a pocas horas de destino sientes una sensación extraña. Se acaba el viaje, o digámoslo así: se acaba esta forma genial de viajar por la vida. Se acabó la libertad de ir y venir según el viento, se acabó la sensación de estar de

vacaciones. Cada uno tendrá que comenzar con sus obligaciones. Ya no podremos estar todo el día juntos, dilatar las horas y compartir cada momento de nuestra aventura. Ya no podremos ir descalzos y semi desnudos por el mundo. Ya no será el parte meteorológico el que decida cuándo partir a nuestro próximo destino, ni viajaremos, en todos los sentidos de la palabra, a velocidad de tortuga. Ahora tendremos que ir con la rapidez que impone la rutina del día a día: sometidos al reloj mecánico y no al interno que, regido por la armonía natural del día y la noche, marcó nuestro ritmo durante los seis meses de nuestro viaje. Ya no estaremos en ese escenario único en el que se ve el horizonte infinito, por el que se esconde la luna y se asoma el sol. No será fácil llegar cada día al sitio preciso a disfrutar gratis del espectáculo de luz y color, a despedir el día en silencio, justo cuando los destellos de luz reflejan en el agua y tiñen de mil matices el cielo. Viajaremos rápido, muy rápido, y tendremos que arriesgar la vida casi cada día viajando a 130 km por hora en una caja frágil con ruedas, por autopistas y carreteras atiborradas de locos que conducen a más velocidad de la permitida mientras leen mensajes en el móvil.

En esas pocas horas que quedan para la llegada, dan ganas de reducir vela y reducir todavía más la velocidad para alargar el viaje y demorar el regreso.

Solo hay una fuerza que te impulsa: la añoranza. La añoranza que durante el tiempo que estuviste lejos se fue amontonando en tu sentimiento, el deseo de abrazar de nuevo a los tuyos, de contar y compartir las experiencias vividas, de volver a sentir de cerca el cariño de los de siempre, de volver a habitar los mismos espacios y ver los paisajes cotidianos cargados de recuerdos. Y entonces quieres volar y llegar cuanto antes a destino.

Y sin saber cómo, de repente nos vimos en la cola eterna del aeropuerto con zapatos y pantalones largos, y nos sentimos seres extraños, muy extraños. Acostumbrados a tener el cielo como techo, cuesta estar confinados en un edificio que limita en todas direcciones tu mirada. El aire ya no huele a mar y hay que compartirlo con centenares de pasajeros hacinados en pocos metros cuadrados, que no intercambian ni un saludo, ni una sonrisa, ni siquiera la mirada. Es un contraste fuerte cuando durante tres semanas fuimos los únicos cinco tripulantes en muchas millas a la redonda y estabas habituado, en tu vida de nómada mariner, a intercambiar saludos y miradas con todo el que te cruzas. Ya no se oye el murmullo de las olas, y en su lugar una voz metálica en *off* repite insistente todo el rato la misma frase que te recuerda la sociedad en la que vivimos, insegura e incierta: «Por su propio interés, rogamos mantengan sus pertenencias controladas en todo momento».

En la mirada del Capitán se ve todavía el mar y se le sale a gotitas por la rendija de sus ojos. Un mar triste que refleja un cielo gris, de trabajo y obligaciones. Pero no todo es tan gris, también adivino un rayo de sol cálido. Llegar y recibir, partir y despedir, es parte de la vida, y a nosotros nos toca ahora llegar y recibir el abrazo de los nuestros. Continuaremos nuestro viaje por la vida y disfrutaremos de la llegada como lo hicimos del camino.

«Pasajeros del vuelo TP 2345 con destino Lisboa, embarquen por favor por la

puerta número 2», dice la voz en *off*, y empieza el desfile de viajeros en una misma dirección, con maletas y mochilas cargadas de cosas. Las nuestras van llenas de vivencias, de una buena colección de momentos mágicos.

Nos vamos. En unas horas, antes de que llegue nuestra alma a destino, estaremos allá. Me gusta mucho más viajar en barco a velocidad de tardanza que en avión.

La vida es así

(basado en el Poema “No te rindas” de Mario Benedetti)

*Si la vida crees que te trata mal
mira un poco a tu alrededor:
siempre hay una razón que te hace reír,
la vida es así.*

*Busca una razón para ser feliz aquí, no está lejos,
no te rindas, que la vida es eso: seguir tus sueños
y luchar, y llorar y reír, porque la vida,
la vida es así.*

*Si la vida piensas que se te escapó
y te llevó toda ilusión
siempre estás a tiempo de volver a volar,
aún hay vida en ti.
Porque no estás solo, porque yo, porque yo te quiero,
no te rindas, aún estás a tiempo a vivir de nuevo,
desear, celebrar y recuperar la risa,
la vida es así.*

*Si la vida te da solo una razón
para vivirla sin temor,
suelta amarras otra vez, sin miedo a perder,
no temas, ilánzate!
Continúa el viaje, sigue allí, allí, tu camino
y disfruta siempre la llegada a tu destino,
aprender a llegar, o partir y despedirse,
la vida es así.*